

ria si tomara entre manos Erasmo ú otro hombre de buena imaginativa y memoria como él, era poco para dilatar una mano de papel. Pero ¿quién se atreviera á ejemplificar esta doctrina en el ingenio natural de san Pablo, y afirmar que era hombre de gran entendimiento y poca memoria, y que no podia con sus fuerzas saber lenguas, ni hablar en ellas con ornamento y policia, si él no dijera así: *Nihil me minus fecisse à magnis apostolis existimo: nam et si imperitus sum sermone, sed non sciencia* (1); *et quidam dicebant quid vult semi verbis hic dicare* (2)? Como si dijera: yo bien confieso que no sé hablar; pero en ciencia y saber ningún apóstol de los grandes me hace ventaja. La cual diferencia de ingenio era tan apropiada para la publicacion del Evangelio, que ninguna otra cosa se podía elegir mejor; porque ser el publicador elocuente y tener mucho ornamento de palabras, no convenia, atendiendo que la fuerza de los oradores de aquel tiempo se descubria en que hacian entender al auditorio las cosas falsas por verdaderas, y lo que el vulgo tenía recibido por bueno y provechoso, usando ellos de los preceptos de su arte, persuadian lo contrario, y defendian que era mejor ser pobre que rico, y estar enfermo que sano, y ser necio que sabio, y otras cosas que manifiestamente eran contra la vulgar opinion. Por la cual razon los llamaban los hebreos *gaganin*, que quiere decir engañadores. Lo mismo le pareció á Caton el mayor, y tuvo por peligrosa la estada de estos romanos, viendo que las fuerzas del imperio romano estaban fundadas en las armas, y éstos comenzaban ya á persuadir que era bien que la juventud romana las dejase y se diese á este género de sabiduría. Y así, con brevedad los mandó luego desterrar de Roma y que no estuviesen más en ella. Pues si Dios buscara un predicador elocuente y con ornamento en el decir, y entrara en Aténas ó en Roma afirmando que en Jerusalem habian crucificado los judíos á un hombre que era Dios verdadero, y que habia muerto de su propia y agradable voluntad por redimir los pecadores, y que resucitó al tercero dia, y que subió á los cielos, donde ahora está, ¿qué habia de pensar el auditorio sino que este tema era alguna estulticia y vanidad de aquellas que los oradores suelen persuadir con la fuerza de su arte? Por tanto dijo san Pablo (3): *Non enim misit me Christus baptizare, sed evangelizare: non in sapientia verbi, ut non evacuetur crux Christi*. Como si dijera: no me envió Cristo á bautizar, sino á predicar, y no con oratoria, porque no pensase el auditorio que la cruz de Cristo era alguna vanidad de las que suelen persuadir los oradores. El ingenio de san Pablo era apropiado para este ministerio, porque tenía grande entendimiento para defender y probar en las sinagogas y en la gentilidad que Jesucristo era el Mesías prometido en la ley, y que no habia que esperar otro ninguno, y con esto de poca memoria, por donde no pudo saber hablar con ornamento de palabras dulces y sabrosas, y esto era lo que la publicacion del Evangelio habia menester. Por esto no quiero decir que san Pablo no tuviese dón de len-

(1) *Corinth.*, cap. II.(2) *II Acta Apost.*, cap. XVII.(3) *I Corinth.*, cap. I.

guas, sino que en todas hablaba de la manera que en la suya; ni tampoco tengo entendido que para defender el nombre de Cristo bastaban las fuerzas de su gran entendimiento, si no estuviera de por medio la gracia y auxilio particular que Dios para ello le dió; sólo quiero sentir que los dones sobrenaturales obran mejor cayendo sobre buena naturaleza que si el hombre fuese de suyo torpe y necio. A esto alude aquella doctrina de san Jerónimo, que trae en el proemio que hace sobre Isaías y Jeremías, preguntando qué es la causa que siendo el mismo Espíritu Santo el que hablaba por la boca de Jeremías e Isaías, el uno proponga las cosas que escribe con tanta elegancia, y Jeremías apenas sabe hablar (4).

A la cual duda responde que el Espíritu Santo se acomoda á la manera natural que tiene de proceder cada profeta, sin variarles la gracia su naturaleza, ni enseñarles el lenguaje con que han de publicar la profecía. Y así, es de saber que Isaías era un caballero ilustre, criado en córte y en la ciudad de Jerusalem, por la cual razon tenía ornamento y policia en el hablar. Pero Jeremías era nacido y criado en una aldea de Jerusalem que se llamaba Anatolites; basto y rudo en el proceder, como aldeano, y de este mismo estilo se aprovechó el Espíritu Santo en la profecía que le comunicó. Lo mismo se ha de decir de las epístolas de san Pablo, que el Espíritu Santo presidia en él cuando las escribió, para que no pudiese errar; pero el lenguaje y manera de hablar era el natural de san Pablo, acomodado y propio á la doctrina que escribia, porque la verdadera teología escolástica aborrece la muchedumbre de palabras.

Con la teología positiva, muy bien se junta pericia de lenguas y el ornamento y policia en hablar, porque esta facultad pertenece á la memoria, y no es más que un monton de dichos y sentencias católicas tomadas de los doctores sagrados y de la divina Escritura, y guardadas en esta potencia, como lo hace un gramático con las flores de los poetas Virgilio, Horacio, Terencio y de los demas autores latinos que lee; el cual, conociendo la ocasion de recitarlos, sale luego con un pedazo de Ciceron ó de Quintiliano, con que muestra al auditorio su erudicion. Los que alcanzan esta junta de imaginativa con memoria, y trabajan en recoger el grano de todo lo que ya está dicho y escrito en facultad, y lo traen en conveniente ocasion con grande ornamento de palabras y graciosas maneras de hablar. Es tanto lo inventado en todas las ciencias, que parece á los que ignoran esta doctrina que es grande su profundidad, y realmente son muy someros, porque llegándolos á tentar en los fundamentos de aquello que dicen y afirman, descubren la falta que tienen.

Y es la causa que con tanta copia de decir y con tanto ornamento de palabras no se puede juntar el entendimiento, á quien pertenece saber de raíz la verdad. De éstos dijo la divina Escritura (5): *Ubi verba sunt plura*

(4) La epístola á los hebreos, con ser de san Pablo, ha habido muchos que por ser de diverso estilo han presumido decir que no era suya, lo cual tiene la Iglesia condenada como herético.

(5) Proverbio XIV.

rima tibi frequenter egestas. Como si dijera: el hombre que tiene muchas palabras, ordinariamente es falto de entendimiento y prudencia. Los que alcanzan esta junta de imaginativa y memoria entran con grande ánimo á interpretar la divina Escritura, pareciéndoles que por saber mucho hebreo, mucho griego y latin, tienen el camino andado para sacar el espíritu verdadero de la letra, y realmente van perdidos. Lo uno, porque los vocablos del texto divino y sus maneras de hablar tienen otras muchas significaciones, fuera de las que supo Ciceron en latin. Lo otro, que á los tales les falta el entendimiento, que es la potencia que averigua si un espíritu es católico ó depravado; ésta es la que puede elegir con la gracia sobrenatural, de dos ó tres sentidos que salen de una letra, el que es más verdadero y católico.

Los engaños, dice Platon que nunca acontecen en las cosas disímiles y muy diferentes, sino cuando ocurren muchas que tienen gran similitud, porque si á una vista perspicaz le pusiésemos delante un poco de sal, azúcar, harina y cal, todo molido y cernido, y cada cosa de por sí, ¿qué haria un hombre que careciese de gusto, si con los ojos hubiese de conocer cada polvo de éstos sin errar? Diciendo: esto es sal, esto azúcar, esto harina y esto cal, yo no dudo sino que se engañaría, por la gran similitud que entre sí tienen estas cosas. Pero si un monton fuese de trigo, otro de cebada, otro de paja, otro de tierra y otro de piedra, cierto es que no se engañaría en poner nombre á cada monton, aunque tuviese poca vista, por ser cada uno de tan vária figura. Lo mismo vemos que acontece cada dia en los sentidos y espíritus que dan los teólogos á la divina Escritura, que mirados dos ó tres, á la primera muestra todos tienen apariencia de católicos y que consueñan bien con la letra, y realmente no lo son ni quiso el Espíritu Santo decir aquello. Para elegir de estos sentidos el mejor y reprobar el malo, es cierto que no se aprovecha el teólogo de la memoria ni de la imaginativa, sino del entendimiento. Y así, digo que el teólogo positivo ha de consultar al escolástico y pedirle que de aquellos sentidos le elija el que le pareciese mejor, si no quiere amanecer en la Inquisicion. Por esta causa los herejes aborrecen tanto la teología escolástica y procuran desterrarla del mundo; porque distinguiendo, infiriendo, racionando y juzgando, se viene á saber la verdad y descubrir la mentira.

CAPÍTULO XIII (1).

Donde se prueba que la teoría de la teología pertenece al entendimiento, y el predicar, que es su práctica, á la imaginativa.

Problema es muy preguntado, no solamente de la gente docta y sábia, pero aún los hombres vulgares han caído ya en la cuenta y lo ponen cada dia en cuestion, qué sea la razon y causa que en siendo un teólogo grande hombre de escuelas, en disputar agudo, en responder fácil, en escribir y leer de admirable doctrina, y subido en un púlpito no sabe predicar; y por el contrario; en saliendo galano predicador, elocuente, gracioso y que se lleva la gente tras sí por maravilla, sabe mu-

(1) Décimo de la primitiva edicion.

cha teología escolástica, por donde admiten por buena consecuencia, Fulano es gran teólogo escolástico, luego será gran predicador. No quieren conceder al revés, es gran predicador, luego sabe mucha teología escolástica, porque para deshacer la una consecuencia y la otra, se le ofrecerán á cualquiera más instancias que cabellos tenga en la cabeza. Ninguno hasta ahora ha podido responder á esta pregunta más de lo ordinario, que es atribuirlo todo á Dios y á la distribucion de sus gracias. Y paréceme muy bien, ya que no saben la causa mas en particular. La respuesta de aquesta duda en alguna manera la dejamos dada en el capítulo pasado, pero no tan en particular como conviene. Y fué, que la teología escolástica pertenece al entendimiento; ahora decimos y queremos probar que el predicar, que es su práctica, es obra de la imaginativa. Y así como es dificultoso juntar en un mismo cerebro grande entendimiento y mucha imaginativa, de la misma manera no se puede com- padecer que uno sea un gran teólogo escolástico y famoso predicador; y que la teología escolástica sea obra del entendimiento ya lo dejamos demostrado atras, probando la repugnancia que tenía con la lengua latina. Por donde no será necesario volver á ello otra vez. Sólo quiero dar á entender que la gracia y donaire que tienen los buenos predicadores, con la cual atraen á sí al auditorio, y lo tienen contento y suspenso, todo es obra de la imaginacion, y para que mejor me pueda explicar y hacerlo tocar con la mano, es menester suponer primero que el hombre es animal racional, sociable y político, y porque su naturaleza se habilitase más con el arte, inventaron los filósofos antiguos la dialéctica (2), para enseñarle cómo habia de racionar, con qué preceptos y reglas, cómo habia de definir las naturalezas de las cosas, distinguir, dividir, inferir, racionar, juzgar y elegir, sin las cuales obras es imposible ningun artifice poderse pasar. Y para poder ser sociable y político tenía necesidad de hablar y dar á entender á los demas hombres las cosas que concebía en su ánimo. Y porque no las explicáre sin concierto ni orden, inventaron otra arte, que llaman retórica, la cual con sus preceptos y reglas le hermosea su habla con pulidos vocablos, con elegantes maneras de decir, con efectos y colores graciosos. Pero así como la dialéctica no enseña al hombre á discurrir y racionar en sólo una esencia, sino en todas sin distincion, de la misma manera la retórica muestra hablar en la teología, en la medicina, en la jurisprudencia, en el arte militar y en todas las demas ciencias y conversaciones que tratan los hombres; de suerte que si queremos fingir un perfecto dialéctico consumado orador, no se podrá considerar sin que supiese todas las ciencias, porque todas son de jurisdiccion, y en cualquiera de ellas, sin distincion, podria ejercitar sus preceptos. No como la medicina, que tiene limitada la materia sobre que ha de tratar, y la filosofía natural, moral, metafísica, astrología y las demas; y por tanto dijo Ciceron (3): *Oratorem ubicumque constitit in suo*. Y en otra parte dice: *In oratore perfecto in est omnis filoso-*

(2) *Scientia humana consistit in duobus: in locutione ornata, et in distinctione rerum*. (Pau., 2 Ad Colos., cap. I.)(3) *De perfecto oratore*.

forum scientia. Y por esta causa dijo el mismo Ciceron que no habia artifice más dificultoso de hablar que un perfecto orador, y con más razon lo dijera si supiera la repugnancia que habia en juntar todas las ciencias en un particular.

Antiguamente se habian alzado con el nombre y oficio de orador los jurisperitos, porque la perfeccion de la abogacia pedia el conocimiento y pericia de todas las artes del mundo, á causa que las leyes juzgan á todos; y para saber la defension que cada arte tiene por sí, era necesario tener particular noticia de todas, y así dijo Ciceron: *Nemo est in oratorum numera habendus, qui non sit omnibus artibus perpolitus* (1). Pero viendo que era imposible aprender todas las ciencias, lo uno por la brevedad de la vida, y lo otro por ser el ingenio del hombre tan limitado, lo dejaron caer, contentándose en la necesidad con dar crédito á los peritos de aquel arte que defienden y no más. Tras esta manera de defender las causas sucedió luégo la doctrina evangélica, la cual se podia persuadir con el arte de oratorio mejor que con cuantas ciencias hay en el mundo, por ser la más cierta y verdadera; pero Cristo nuestro redentor mandó á san Pablo que no la predicase *in sapientia verbi*, porque no pensasen las gentes que era alguna mentira bien ordenada, como aquellas que los oradores solian persuadir con la fuerza de su arte. Pero ya recibida la fe y de tantos años atras, bien se permite predicar con lugares retóricos y aprovecharse del bien decir y hablar, por no haber ahora el inconveniente que cuando predicaba san Pablo. Antes vemos que hace más provecho el predicador que tiene las condiciones de perfecto orador, y le sigue más gente que el que no usa de ellas. Y es la razon muy clara, porque si los antiguos oradores hacian entender al pueblo las cosas falsas por verdaderas, aprovechándose de sus preceptos y reglas, mejor se convencerá el auditorio cristiano, persuadiéndole con artificio aquello mismo que tiene ya entendido y creído. Allende que la divina Escritura es, en cierta manera, todas las cosas, y para su verdadera interpretacion non menester todas las ciencias, conforme á aquel dicho tan celebrado: *Missit ancillas suas vocare ad arcem.* Esto no es menester encargarlo á los predicadores de nuestro tiempo, ni avisarlos que lo pueden ya hacer, porque su estudio particular, fuera del provecho que pretenden hacer con su doctrina, es buscar un buen tema á quien se pueda aplicar á propósito muchas sentencias galanas, traídas de la divina Escritura, de los sagrados doctores, de poetas, historiadores, médicos y legistas, sin perdonar ciencia ninguna, hablando copiosamente con elegancia y dulces palabras. Con todo lo cual dilatan y ensanchan el tema una hora, y dos si es menester. Esto propio dice Ciceron que profesaba el perfecto orador en su tiempo (2): *Vis oratoris proffesio, quæ ipsa bene dicendi hoc suspicere, ac policeri videtur, ut omni de re quæcumque sit proposita ab eo ornate, copiose quo dicatur.* Luego si probáremos que las gracias y condiciones que ha de tener el perfecto orador, todas pertenecen á la imaginativa y memoria, tendrémós entendido que el

(1) Lib. De oratore.

(2) Lib. De oratore.

teólogo que las alcanzare será muy gran predicador. Pero metidos en la doctrina de santo Tomás y Escoto, sabrá muy poco de ella, por ser ciencia que pertenece al entendimiento, de la cual potencia ha de tener por fuerza gran remision. Qué cosa sean aquellas que pertenecen á la imaginativa, y con qué señales se han de conocer, ya lo hemos dicho atras, y ahora lo tornaremos á referir para refrescar la memoria: todo aquello que dijere buena figura, buen propósito y encaje, todas son gracias de la imaginativa, como son los donaires, apodos, motes y comparaciones (3). Lo primero que ha de hacer el perfecto orador, teniendo ya el tema en las manos, es buscar argumentos y sentencias acomodadas con que dilatarle y probarle. Y no con cualesquiera palabras, sino con aquellas que hagan buena consonancia en los oídos. Y así dijo Ciceron: *Oratorem eum esse puto qui et verbi ad audiendum jocundis, et sentiis accomodatis ad probandum uti possit.* Esto cierto es que pertenece á la imaginativa, pues hay en ello consonancia de palabras graciosas y buen propósito en las sentencias. La segunda gracia que no le ha de faltar al orador, es tener mucha invencion ó mucha leccion, porque si está obligado á dilatar y probar cualquier tema que se le ofreciere con muchos dichos y sentencias traídas á propósito, ha menester tener muy subida imaginativa, que sea como perro ventor, que le busque y traiga la caza á la mano; y cuando faltare que decir, lo finja como realmente fuera así, por eso dijimos atras que el calor era el instrumento con que obraba la imaginativa, porque esta calidad levanta las figuras y las hace bullir, por donde se descubre todo lo que hay que ver en ellas; y si no hay más que considerar, tiene fuerza la imaginativa, no solamente de componer una figura posible con otra, pero áun las que son imposibles segun el orden de naturaleza, las junta y de ellas viene á hacer montes de oro y bueyes volando. En lugar de la invencion propia, se pueden aprovechar los oradores de la mucha leccion, ya que les falte la imaginativa; pero, en fin, lo que enseñan los libros es caudal finito y limitado, y la propia invencion es como la buena fuente que siempre da agua fresca y de nuevo. Para retener lo leído es necesario tener mucha memoria, y para recitarlo delante del auditorio con facilidad no se puede hacer sin la misma potencia. Y así dijo Ciceron: *Is orator erit, mea quidem sententia; hoc tam gravi dignus nomine qui quæcumque res inciderit, quæ sit dictione explicanda, prudenter, copiose, ornate, et memoriter dicat.* Como si dijera: este orador (4) será digno de tan grave nombre, que pudiere orar sobre cualquier tema que se le ofreciere con prudencia, que es acomodarse bien al auditorio, al lugar, al tiempo y ocasion copiosamente con ornato de palabras dulces y sabrosas y recitadas de memoria. La prudencia ya hemos dicho y probado atras que pertenece á la imaginativa, la copia de vocablos y sentencias á la memoria, el ornamento y atavío á la imaginativa, y recitar tantas cosas sin tropezar ni repararse, cierto es que se hace con la buena memoria. A

(3) Tambien el saber elegir el tema entre muchos que ocurren, pertenece á la imaginativa.

(4) Lib. De perfect. orat.

propósito de lo cual dijo Ciceron que el buen orador ha de hablar de memoria, y no por escrito. Es de saber que el maestro Antonio Lebrija habia venido ya á tanta falta de memoria por la vejez, que leia por un papel la leccion de retórica á sus discípulos, y como era tan eminente en su facultad y tenia su intencion bien probada, no miraba nadie en ello; pero lo que no se pudo sufrir fué que muriendo éste repentinamente de apoplegia, encomendó la universidad de Alcalá el sermón de sus obsequias á un famoso predicador, el cual inventó y dispuso lo que habia de decir como mejor pudo, pero fué el tiempo tan breve, que no hubo lugar de tomarlo de memoria, y así se fué al púlpito con el papel en la mano y diciendo así: «Lo que este ilustre varon acostumbraba á hacer, leyendo á sus discípulos, eso mismo traigo yo determinado de hacer á su imitacion, porque fué su muerte tan repentina, y el mandar que yo predicase en sus obsequias tan acelerado, que no habiendo lugar ni tiempo de estudiar lo que convenia decir, ni para recogerlo en la memoria, lo que yo he podido trabajar esta noche traigo escrito en este papel; suplico á vuestras mercedes lo oigan con paciencia y me perdonen la poca memoria.» Pareció tan mal al auditorio esta manera de predicar por escrito y con el papel en la mano, que todo fué sonreír y murmurar. Y así dijo muy bien Ciceron que se habia de orar de memoria, y no por escrito. Este predicador realmente no tenia propia invencion, todo lo habia de sacar de los libros, y para esto es menester mucho estudio y memoria, pero los que toman de su cabeza la invencion no han menester estudiar, ni tiempo ni memoria, porque todo se lo hallan dicho y levantado. Estos predicarán á un auditorio toda la vida, sin encontrarse con lo que dijeron veinte años atras, y los que carecen de invencion, en dos cuaresmas desfloran todos los libros de molde, y acaban con los cartapacios y papeles que tienen; y á la tercera es menester pasarse á nuevo auditorio, sopena que les dirán: éste ya predica como antaño. La tercera propiedad que ha de tener el perfecto orador es saber disponer lo inventado, asentado cada dicho y sentencia en su lugar, de manera que todo se corresponda en proporcion, y lo uno á lo otro se llame.

Y así dijo Ciceron (1): *Dispositio est ordo, et distributio rerum quæ demonstrat quid quibus in locis collocandum sit.* Como si dijera: la disposicion no es otra más que el orden y concierto que se ha de tener en distribuir los dichos y sentencias que han de decir al auditorio, mostrando qué cosa, en qué lugar se ha de asentar, para que, concertado con los demas, resulte buena figura. La cual gracia, cuando no es natural, suele dar mucho trabajo á los predicadores; porque despues de haber hallado en los libros muchas cosas que decir, no fácilmente atinan todos al encaje conveniente de cada cosa. Esta propiedad de ordenar y distribuir, cierto es que es obra de la imaginativa, pues dice figura y correspondencia. La cuarta propiedad que han de tener los buenos oradores, y la más importante de todas, es la accion, con la cual dan sér y ánima

(1) Ad hereniam.

á las cosas que dicen, y con la misma mueven al auditorio y lo enternecen á creer que es verdad lo que les quieren persuadir; y así dijo Ciceron (2): *Actio quæ motu corporis, quæ gestu, quæ vultu, quæ vocis confirmatione ac varietate moderanda est.* Como si dijera: la accion se ha de moderar haciendo los meneos y gestos que el dicho requiere, alzando la voz y bajándola, enojándose y tornándose luégo á apaciguar, unas veces hablar apriesa y otras á espacio, reñir y halagar, menear el cuerpo á una parte y á otra, coger los brazos y despegarlos, reír, llorar y dar una palmada en buena ocasion.

Esta gracia es tan importante en los predicadores, que con sola ella, sin tener invencion ni disposicion de cosas de poco momento y vulgares, hacen un sermón que espanta al auditorio por tener accion, que en otro nombre se llama espíritu ó pronunciacion. En esto hay una cosa notable, en la cual se descubre cuánto puede esta gracia, y es que los sermones que parecen bien por la mucha accion y espíritu, puestos en el papel no valen nada ni se pueden leer, y es la causa que con la pluma no es posible pintarse los meneos y gestos, con los cuales parecieron bien en el púlpito. Otros sermones parecen muy bien en el cartapacio, y predicados no se pueden oír, por no darles la accion que requieren sus pasos. Por donde dijo Platon (*In apolog.*) que el estilo del hablar es muy diferente del que pide el buen escribir, y así vemos muchos hombres que hablan muy bien y notan mal una carta, y otros al revés, escriben muy bien y razonan muy mal. Todo lo cual se ha de reducir á la accion, y la accion es cierto que es obra de la imaginativa, porque todo cuanto hemos dicho de ella hace figura, correspondencia y buena consonancia. La quinta gracia es saber apodar y traer buenos ejemplos y comparaciones, de la cual gusta mucho más el auditorio que de otra alguna, porque con un buen ejemplo entienden fácilmente la doctrina, y sin él todo se le pasa por alto; y así pregunta Aristóteles (3): *Cur homines in orando exemplis et fabulis potius gaudent quam argumentis.* Como si preguntára: ¿por qué los que oyen á los oradores se huelgan más con los ejemplos y fábulas que traen para probar lo que quieren persuadir, que con los argumentos y razones que hacen? A lo cual responde que con los ejemplos y fábula aprenden los hombres mejor, por ser probacion que pertenece al sentido, y no tan bien con los argumentos y razones, por ser obra que quiere mucho entendimiento, y por eso Jesucristo, nuestro redentor, en sus sermones usaba de tantas parábolas y comparaciones, porque con ellas daba á entender muchos secretos divinos. Esto de fingir fábulas y comparaciones, cierto es que se hace con la imaginativa, porque es figura y dice buena correspondencia y similitud. La sexta propiedad del buen orador es tener buen lenguaje propio y no afectado, pulidos vocablos y muchas y graciosas maneras de hablar, y no torpes. De las cuales gracias hemos hablado muchas veces atras, probando que parte de ello pertenece á la imaginativa y parte á la buena memoria. Lo séptimo que ha de tener un buen orador es lo que

(2) Lib. De perfect. orat.

(3) 18 sect., probl. 5.

dice Ciceron: *Instructus voce, actione et lepore*. La voz abultada y sonora, apacible al auditorio, no áspera, ronca ni delgada. Y aunque es verdad que esto nace del temperamento del pecho y garganta, y no de la imaginativa, pero es cierto que del mismo temperamento que nace la buena imaginativa, que es el calor, de este mismo sale la buena voz, y para el intento que llevamos, conviene mucho saber esto, porque los teólogos escolásticos, por ser de frio y seco temperamento, no pueden tener buen órgano de voz, lo cual es gran falta para el púlpito. Y así lo prueba Aristóteles (4) ejemplificando en los viejos por la frialdad y sequedad. Para la voz sonora y abultada requiere mucho calor que dilate los caminos, y humedad moderada que los enternezca y ablande. Y así pregunta Aristóteles (2): *Cur omnes qui natura sunt calidi, magnam vocem emittere solent?* Como si preguntara: ¿qué es la razon que los calientes todos tienen gran bulto de voz? Y así lo vemos, por lo contrario, en las mujeres y eunucos, los cuales, por la mucha frialdad de su temperamento, dice Galeno (3) que tienen la garganta y la voz muy delicada. De manera que cuando oyéremos alguna buena voz, sabrémos ya decir que nace del mucho calor y humedad del pecho. Las cuales dos cualidades, si llegan hasta el cerebro, echan á perder el entendimiento y hacen buena memoria y buena imaginativa, que son las dos potencias de quien se aprovechan los buenos predicadores para contentar al auditorio. La octava propiedad del buen orador, dice Ciceron (4) que es tener la lengua suelta, veloz y bien ejercitada, la cual gracia no puede caer en los hombres de grande entendimiento, porque para ser presta es menester que tenga mucho calor y moderada sequedad. Y esto no puede acontecer en los melancólicos, así naturales como por aduision. Pruébalo Aristóteles (5) preguntando: *Quam ob causam qui lingua hæssitant, melancholico habitu tenentur?* Como si dijera: ¿qué es la causa que los que se detienen en el hablar todos son de complexion melancólicos? Al cual problema responde muy mal, diciendo que los melancólicos tienen fuerte imaginativa, y la lengua no puede ir hablando tan apriesa como ella le va dictando, y así le hace tropezar y caer. Y no es la causa sino que los melancólicos abundan siempre de mucha agua y saliva en la boca, por la cual disposicion tienen la lengua húmeda y muy relajada, cosa que se echa de ver claramente considerando lo mucho que escupen. Esta misma razon dió Aristóteles (6) preguntando: *Quæ causa est ut lingua hæssitantes aliqui sint?* Como si dijera: ¿de dónde proviene que algunos se detengan en el hablar? Y responde que éstos tienen la lengua muy fria y húmeda, las cuales dos cualidades la entorpecen y ponen paralítica, y así no puede seguir á la imaginativa. Para cuyo remedio dije que es provechoso beber un poco de vino, ó antes que vayan á razonar delante del auditorio dar buenas voces para que

(1) 2 sect., probl. 54.

(2) 2 sect., probl. 65.

(3) Lib. De semine, cap. XVI.

(4) De orator.

(5) 2 sect., probl. 38.

(6) 2 sect., probl. 55.

se caliente y deseque la lengua. Pero también dice Aristóteles que el no acertar á hablar puede nacer de tener la lengua mucho calor y sequedad, y pone ejemplo en los coléricos, los cuales, enojados, no aciertan á hablar, y estando sin pasion y enojo son muy elocuentes, al reves de los hombres flemáticos, que estando en paz no aciertan á hablar, y enojados dicen sentencias con mucha elocuencia. La razon de esto está muy clara, porque aunque es verdad que el calor ayuda á la imaginativa y también á la lengua, pero tanto puede ser, que la eche á perder, á la una por no acudirle dichos y sentencias agudas, ni la lengua poder articular por la demasiada sequedad, y así vemos que bebiendo un poco de agua habla el hombre mejor. Los coléricos, estando en paz, aciertan muy bien á hablar, por tener entónces el punto de calor que ha menester la lengua y la buena imaginativa; pero enojados, sube el calor más de lo que conviene, y desbarata la imaginativa. Los flemáticos, estando sin enojo, tienen muy frio y húmedo el cerebro, por donde no se les ofrece que decir, y la lengua está relajada por la mucha humedad. Pero enojados y puestos en cólera, sube de punto el calor y levanta la imaginativa, por donde se le ofrece mucho que decir, y no le estorba la lengua, por haberse ya calentado. Estos no tienen mucha vena para metrificar, por ser frios de cerebro, los cuales, enojados, hacen mejores versos y con más facilidad contra aquellos que los han irritado, y á este propósito dijo Juvenal:

Si natura negat, facit indignatio versum.

Por esta falta de lengua no pueden los hombres de grande entendimiento ser buenos oradores ni predicadores, y en especial que la accion pide algunas veces hablar alto y otras bajo. Y los que son trabados de lengua no pueden orar sino á voces y gritos, y es una de las cosas que más cansan al auditorio. Y así pregunta Aristóteles (7): *Cur homines lingua hæssitantes loqui nequeant voce summisa?* Como si dijera: ¿por qué los hombres que se detienen en el hablar dan siempre grandes voces y no pueden hablar quedo? Al cual problema responde muy bien diciendo que la lengua que está trabada en los paladares por la mucha humedad, mejor se despega con ímpetu que poniendo pocas fuerzas; es como el que quiere levantar una lanza muy verde tomada por la punta, que mejor la alza de un golpe y con ímpetu que llevándola poco á poco.

Bastantemente me parece haber probado que las buenas propiedades naturales que ha de tener el perfecto orador nacen las más de la buena imaginativa, y algunas de la memoria. Y si es verdad que los buenos predicadores de nuestro tiempo contentan al auditorio por tener las mismas gracias, muy bien se sigue que el que fuere gran predicador sabrá poca teología escolástica, y el grande escolástico no sabrá predicar, por la contrariedad que el entendimiento tiene con la imaginativa y memoria.

Bien veia Aristóteles por experiencia que aunque el orador aprendia filosofia natural y moral, medicina, metafísica, jurisprudencia, matemáticas, astrología y

(7) 2 sect., probl. 35.

todas las demas artes y ciencias, que de todas no sabía más que las flores y sentencias averiguadas, sin tener de raíz la razon y causa de ninguna, pero él pensaba que el no saber teología ni el *propter quid* de las cosas nacia de no haberse dado á ello, y así pregunta: *Cur hominem philosophum differre ab oratore putamus?* Como si dijera: ¿en qué pensamos que difiere el filósofo del orador, pues ambos estudian filosofia? Al cual problema responde que el filósofo pone todo su estudio en saber la razon, y el orador en conocer el efecto y no más. Y realmente no es otra la causa sino que la filosofia natural pertenece al entendimiento, de la cual potencia carecen los oradores, y así no podian saber de la filosofia más que la superficie de las cosas. Esta misma diferencia hay entre el teólogo escolástico y el positivo, que el uno sabe la razon de lo que toca á su facultad, y el otro las proposiciones averiguadas y no más. Y siendo esto así, es cosa muy peligrosa que tenga el predicador oficio y autoridad de enseñar al pueblo cristiano la verdad, y el auditorio obligacion de creerlo. Y que le falta la potencia con que se saben de raíz las verdades, podrémos decirles sin mentir aquello de Cristo nuestro redentor (1): *Sinite illos: cæci sunt et duces cæcorum, cæcus autem si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadent.* Es cosa intolerable ver con cuánta osadía se ponen á predicar los que no saben palabra de teología escolástica ni tienen habilidad natural para poderla aprender. De esto se queja san Pablo grandemente, diciendo (2): *Finis autem præcepti est charitas de corde puro et conscientia bona, et fide non ficta: à quibus quidam aberrantes conversi sunt in vaniloquium, volentes esse legis doctores, non intelligentes nec quæ loquuntur, nec de quibus affirmant.* Como si dijera: el fin de la ley de Dios es la caridad de puro y limpio corazon, de buena conciencia y de fe, no fingida; de las cuales tres cosas apartándose, todos se convierten en una vana manera de hablar, queriendo ser doctores de la ley, sin entender qué es lo que hablan ni afirman. La vanilocuencia y parlería de los teólogos alemanes, ingleses, flamencos, franceses y de los demas que habitan el Septentrion, echó á perder el auditorio cristiano con tanta pericia de lenguas, con tanto ornamento y gracia en el predicar, por no tener entendimiento para alcanzar la verdad. Y que éstos sean faltos de entendimiento, ya lo dejamos probado atras, de opinion de Aristóteles, allende de otras muchas razones y experiencias que trajimos para ello (3).

(1) Math., cap. xv.

(2) I Ad Tim., cap. i.

(3) Todo esto falta en la edicion de 1640, y el señor don Anasasio Chinchilla pone este mismo trozo, con algunas variantes, en el tomo I, Med. Esp., pág. 356. Despues de las palabras *se taben de raíz las verdades*, empieza ya la variante de este modo: «De ellos podemos decir lo que decia Nuestro Señor: Dejados como á ciegos y á conductores de ciegos; ambos caerán en la misma, porque cuando un ciego se deja conducir por otro ciego, los dos se estrellan. Es cosa intolerable ver con cuánta osadía se ponen á predicar los que no saben palabra de teología escolástica, ni tienen habilidad natural para aprenderla. El fin de la ley de Dios es la caridad de puro corazon, de buena conciencia y fe no fingida, de las cuales tres cosas apartándose éstos, se convierten en una vana manera de hablar, queriendo ser doctores de la ley sin saber qué es lo que hacen ni lo que afirman. La vani-

Pero si el auditorio inglés y aleman estuviera advertido en lo que san Pablo escribió á los romanos, estando también ellos apretados de otros falsos predicadores, por ventura no se engañaran tan presto (4). *Rogo autem vos, fratres, ut observetis vos qui dissensiones et offendicula præter doctrinam quam vos didicistis faciunt, et declinate ab illis: hujusmodi enim Christodomo nostro non serviunt, sed suo ventri, et per dulces sermones et benedictiones seducunt corda innocentium.* Como si dijera: hermanos míos, por amor de Dios os ruego que tengáis cuenta particular con éstos que os enseñan otra doctrina fuera de la que habeis aprendido, y apartaos de ellos, porque no sirven á nuestro Señor Jesucristo, sino á sus vicios y sensualidad, y son tan bien hablados y elocuentes, que con la dulzura de sus palabras y razones engañan á los que poco saben. Allende de esto, tenemos probado atras que los que tienen mucha imaginativa son coléricos, astutos, malignos y cavilosos, los cuales están siempre inclinados al mal y saben hacerlo con maña y prudencia. De los oradores de su tiempo pregunta Aristóteles (5): *Cur oratorem callidum appellare solemus; tibicinem aut histrionem hoc appellare nomine non solemus?* Como si dijera: ¿por qué razon llamamos al orador astuto, y no al músico ni al representante? Y más creciera la dificultad si Aristóteles supiera que la música y la representacion son obras de la imaginativa. Al cual problema responde que los músicos y representantes no tienen otro fin más de dar contento á los que los oyen. Pero el orador trata de adquirir algo para sí, por donde ha de menester usar de astucias y mañas para que el auditorio no entienda su fin y propósito. Tales propiedades como éstas tenian aquellos falsos predicadores, de quien dice el Apóstol escribiendo á los de Corinto (5): *Timeo autem ne sicut serpens Evam seduxit astutia sua, ita corrumpantur sensus vestri. Nam ejusmodi pseudoapostoli sunt operarii subdoli, transfigurantes se in apostolos Christi. Et non mirum; ipse enim Satanas transfiguratur se in angelum lucis. Non est ergo magnum, si ministri ejus transfigurentur velut ministri justitiae: quorum finis erit secundum opera ipsorum.* Como si dijera: mucho me temo, hermanos míos, que así como la serpiente engañó á Eva con su astucia y maña, no os trastornen vuestro juicio y sentido. Porque estos falsos apóstoles son como caldo de zorra, predicadores que hablan debajo de engaño, representan muy bien una santidad, parecen apóstoles de Jesucristo y son discípulos del diablo, el cual sabe tan bien representar un ángel de luz, que es menester don sobrenatural para descubrirle quién es; y pues lo sabe tan bien hacer el maestro, no es mucho que lo hagan los que aprendieron su doctrina; el fin de éstos no será otro más que sus obras. Todas estas propiedades bien se entiende que son obras de la imaginativa, y que dijo muy bien

«locuencia y parlería de los teólogos han echado á perder el auditorio cristiano, con tanta pericia de lenguas, con tanto ornamento en el predicar, y con no tener entendimiento para alcanzar la verdad.»

(4) 18 sect., probl. 4.

(5) II, cap. II.

Aristóteles, que los oradores tratan de hacer algo para sí.

Los que tienen fuerte imaginativa, ya hemos dicho atrás que son de temperamento muy caliente, y de esta calidad nacen tres principales vicios al hombre: soberbia, gula y lujuria; y por esto dijo el Apóstol: *Ejusmodi enim Christo domino nostro non serviunt, sed suo ventri.* (Rom., 16.) Y así trabajan de interpretar la Escritura divina de manera que venga bien con su inclinación natural, dando á entender á los que poco saben, que los sacerdotes se pueden casar, y que no es menester que haya cuaresma ni ayunos, ni manifestar al confesor los delitos que contra Dios cometemos. Y usando de esta maña (con Escritura mal traída) hacen parecer virtudes á sus malas obras y vicios, y que las gentes los tengan por santos.

Y que del calor nazcan estas tres malas inclinaciones, y de la frialdad las virtudes contrarias, pruébalo Aristóteles diciendo (1): *Et quoniam vim eandem morum obtinet instituendorum mores enim callidum condit, et frigidum omnium maxime que in corpore nostro habentur: idcirco nos morum qualitate afficit et informat.* Como si dijera: del calor y de la frialdad nacen todas las costumbres del hombre, porque estas dos calidades alteran más nuestra naturaleza que otra ninguna. De donde nace que los hombres de grande imaginativa ordinariamente son malos y viciosos, por dejarse ir tras su inclinación natural, y tener ingenio y habilidad para hacer mal. Y así pregunta Aristóteles (2): *Cur homo qui a seo eruditione præditus est, animantium omnium injustissimus sit?* Como si preguntara: ¿qué es la razón que siendo el hombre de tan grande erudición, es el más injusto de todos los animales? Al cual problema responde que el hombre tiene mucho ingenio y grande imaginativa, por donde alcanza muchas invenciones de hacer mal, y como apetece de su misma naturaleza deleites, y ser á todos aventajado y de mayor felicidad, forzosamente ha de ofender, porque estas cosas no se pueden conseguir sin hacer injuria á muchos. Pero ni el problema supo poner Aristóteles, ni responder á él como convenia; mejor preguntara: ¿por qué los malos ordinariamente son de grande ingenio, y entre éstos, aquellos que tienen mayor habilidad hacen mayores bellaquerías, siendo razón que el buen ingenio y habilidad inclinase al hombre ántes á virtud y bondad que á vicios y pecados? La respuesta de lo cual es, que los que tienen mucho calor son hombres de grande imaginativa, y la misma calidad que los hace ingeniosos, esa misma los convida á ser malos y viciosos. Pero cuando predomina el entendimiento ordinariamente se inclina el hombre á virtud, porque esta potencia estriba en frialdad y sequedad, de las cuales dos calidades nacen muchas virtudes, como son: continencia, humildad y temperancia, y del calor las contrarias; la cual filosofía si alcanzara Aristóteles (3), supiera responder á aquel problema que dice: *Cur genus id hominum, quod Dionysiacos technitas, id est, artifices bachanales aut histriones appellamus, improbis*

(1) 50 sect., probl. 1.

(2) Sect. 29, probl. 7.

(3) 30 sect., probl. 9.

esse moribus magna ex parte consueverunt? Como si preguntara: ¿qué es la razón que los que ganan su vida á representar comedias, los bodegoneros, carniceros y aquellos que se hallan en todos los convites y banquetes para ordenar la comida, ordinariamente son malos y viciosos? Al cual problema responde, diciendo que por estar ocupados en estos oficios bacanales no tuvieron lugar de estudiar, y así pasaron la vida con incontinencia, ayudando también á esto la pobreza, que suele acarrear muchos males. Pero realmente no es ésta la razón, sino que el representar y dar orden á las fiestas de Baco, nace de una diferencia de imaginativa que convida al hombre á aquella manera de vivir. Y como esta diferencia de imaginativa consiste en el calor, todos tienen muy buenos estómagos y con grande apetito de comer y beber. Estos, aunque se dieran á letras, ninguna cosa aprovecharían en ellas. Y puesto caso que fueran ricos, también se oficiarán á aquellos oficios, aunque fueran más viles, porque el ingenio y habilidad trae á cada uno el arte que le corresponde en proporción. Y así pregunta Aristóteles (4): *Cur in iis studiis quæ aliqui sibi delegerint, quamquam interdum pravis, libentius tamen quam in honestioribus versantur? verbi gratia, præstigiatorum aut mimum, aut tibicem se potius esse, quam astronomum aut oratorem velit, qui hæc sibi delegerit?* ¿Qué es la causa que hay hombres que se pierden por ser representantes y trompeteros, y no gustan de ser oradores ni astrólogos? Al cual problema responde muy bien, diciendo que el hombre luego siente para qué arte tiene disposición natural, porque dentro de sí tiene quien se lo enseñe. Y puede tanto la naturaleza con sus irritaciones, que aunque el arte y oficio sea indecente á la dignidad del que lo aprende, se da á ello, y no á otros ejercicios honrosos. Pero ya que hemos reprobado esta manera de ingenio para el oficio de la predicación, y estamos obligados á dar y repartir á cada diferencia de habilidad las letras que le responden en particular, conviene señalar qué suerte de ingenio ha de tener aquel á quien se le ha de confiar el oficio de la predicación, que es lo que más importa á la república cristiana. Y así es de saber que aunque atrás dejamos probado que es repugnancia natural juntarse grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria, pero no hay regla tan universal en todas las artes, que no tenga su excepción y falencia. En el capítulo penúltimo de esta obra probaremos muy por extenso que estando naturaleza con fuerzas, y no habiendo alguna causa que la impida, hace una diferencia de ingenio tan perfecta, que junta en un mismo supuesto grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria, como si no fueran contrarias ni tuvieran oposición natural. Esta era propia habilidad y conveniente para el oficio de predicación, si hubiera muchos supuestos que la alcanzaran; pero, como diremos en el lugar alegado, son tan pocos, que no he hallado más que uno de cien mil ingenios que he considerado, y así será menester buscar otra diferencia de ingenio más familiar, aunque no de tanta perfección como la pasada. Y así es de saber que entre los médi-

(4) 18 sect., probl. 6.

cos (1) y filósofos hay gran disensión sobre averiguar el temperamento y calidades del vinagre, de la cólera adusta y de las cenizas, viendo que estas cosas unas veces hacen efecto del calor y otras de frialdad, y así se partieron en diferentes opiniones; pero la verdad es, que todas aquellas cosas que padecen ustión y el fuego las ha consumido y gastado, son de vario temperamento. La mayor parte del sujeto es frío y seco, pero hay otras partes entremetidas, tan sutiles y delicadas y de tanto hervor y calor, que puesto caso que son en pequeña cantidad, son más eficaces en obrar que todo lo restante del sujeto. Y así vemos que el vinagre y la melancolía por adustión abren y fermentan la tierra por razón del calor, y no la cierran, aunque la mayor parte de estos humores es fría. De aquí se infiere que los melancólicos por adustión juntan grande entendimiento con mucha imaginativa, pero todos son faltos de memoria, por la mucha sequedad y dureza que hizo en el cerebro la adustión. Estos son buenos para predicadores, á lo ménos los mejores que se puedan hallar, fuera de aquellos perfectos que decimos, porque aunque les falta la memoria, es tanta la invención propia que tienen, que la misma imaginativa les sirve de memoria y reminiscencia, y les da figuras y sentencias que decir, sin haber menester de nadie. Lo cual no pueden hacer los que traen aprendido el sermón palabra por palabra, que faltando de allí quedan luego perdidos, sin tener quien les provea de materia para pasar adelante.

Y que la melancolía por adustión tenga esta variedad de temperamento, frialdad y sequedad para el entendimiento, y calor para la imaginativa, dice Aristóteles de esta manera: *Homines melancholici varii inæqualesque sunt, quia vis atrabilis varia, et inæqualis est: quippe quæ vehementer tum frigida tum calida reddi eadem possit.* Como si dijera: los hombres melancólicos por adustión son varios y desiguales en la complexion, porque la cólera adusta es muy desigual; unas veces se pone calidísima, y otras fría sobremanera. Las señales con que se conocen los hombres que son de este temperamento son muy manifiestas: tienen el color del rostro verdinegro ó cenizo, los ojos muy encendidos (2); por los cuales se dijo, es hombre que tiene mucha sangre en el ojo; el cabello negro y calvos; las carnes pocas, ásperas, llenas de vello; las venas muy anchas; son de muy buena conversacion y afables, pero lujuriosos, soberbios, altivos, renegadores, astutos, doblados, injuriosos, amigos de hacer mal y vengativos. Esto se entiende cuando la melancolía se enciende; pero si se enfria, luego nacen en ellos las virtudes contrarias, castidad, humildad, temor y reverencia de Dios, caridad, misericordia y gran reconocimiento de sus pecados con suspiros y lágrimas, por la cual razón viven en una continua lucha y contienda, sin tener quietud ni sosiego. Unas veces vencen en ellos el vicio, y otras la virtud, pero en todas estas faltas son los más ingeniosos y hábiles para el ministerio de la predicación y para cuantas cosas de prudencia hay en el mundo, por-

(1) Gal., lib. 1 simp., cap. xv.

(2) También son cortos de vista por la mucha sequedad del cerebro. (Arist., lib. De somno et vigilia.)

que tienen entendimiento para alcanzar la verdad, y grande imaginativa para saberla persuadir. Y si no, veamos lo que hizo Dios cuando quiso fabricar un hombre en el vientre de su madre, á fin de que fuese hábil para descubrir al mundo la venida de su Hijo, y tuviese talento para probar y persuadir que Cristo era el Mesías prometido en la ley; y hallaremos que haciéndole de grande entendimiento y mucha imaginativa, forzosamente, guardando el orden natural, le sacó cólerico y adusto. Y que esto sea verdad déjase entender fácilmente considerando el grande fuego y furor con que perseguía la Iglesia, y la pena que recibieron las sinagogas cuando le vieron convertido, como que hubiesen perdido un hombre de grande importancia, y le hubiese ganado la parte contraria. Entiéndese también por las respuestas de cólera racional con que hablaba y respondía á los prócsules y jueces que le prendian, defendiendo su persona y el nombre de Cristo con tanta maña y destreza, que á todos los concluía. Era también falto de lengua, y no muy expedito en el hablar, la cual propiedad dijo Aristóteles que tenían los melancólicos por adustión. Los vicios que él confiesa tener (ántes de su conversión) muestran también tener esa temperatura. Era blasfemo, contumelioso y perseguidor, todo lo cual nace del mucho calor. Pero la señal más evidente que muestra haber sido cólerico adusto, se tomó de aquella batalla continua que él mismo confiesa tener dentro de sí, entre la porción superior é inferior, diciendo (3): *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et ducentem me in captivitatem peccati.* Y esta misma contienda hemos probado, de opinion de Aristóteles, que tienen los melancólicos por adustión. Verdad es que algunos explican, y muy bien, que esta batalla nacia del desorden que hizo el pecado original entre el espíritu y la carne, aunque tanta y tan grande, yo creo también que era de la desigualdad de la atrabilis que tenía en su compostura y natural. Porque el Real profeta David participaba igualmente del pecado original, y no se quejaba tanto como san Pablo; ántes dice que hallaba la porción inferior concertada con la razón cuando se quería holgar con Dios (4): *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* Y como diremos en el capítulo penúltimo, David tenía la mejor temperatura de las que naturaleza puede hacer, y de esto probaremos, de opinion de todos los filósofos, que ordinariamente inclina al hombre á ser virtuoso sin mucha contradicción de la carne. Luego los ingenios que se han de elegir para predicadores son primeramente los que juntan grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria, cuyas señales traeremos en el capítulo penúltimo. Faltando éstos, suceden en su lugar los melancólicos por adustión; éstos juntan grande entendimiento con mucha imaginativa, pero son faltos de memoria, y así no pueden tener copia de palabras ni predicar con mucho torrente delante el auditorio. En el tercer lugar suceden los hombres de grande entendimiento, pero faltos de imaginativa y memoria; éstos predicarán con mucha desgracia, pero enseñarán la verdad. Los últimos (á quien yo no enco-

(3) Ad Tim., cap. 1.

(4) Psal. 88.